

Lepra, una enfermedad terrible, que dejó de serlo, pero persiste en el prejuicio y la ignorancia

por LUIS M. BALIÑA

- SUMARIO.—1) La enfermedad bíblica, que se ha transformado en una simple infecciosa más. a) El concepto de lepra en el Antiguo Testamento. b) Las modernas adquisiciones y el panorama inmediato de la leprología.
- 2) El prejuicio y la ignorancia: los dos obstáculos más difíciles para la leprología moderna. a) Necesidad de suprimir la legislación especial. b) Complicidad del ambiente intelectual con la ignorancia y el prejuicio.
- 3) La lepra del cuerpo y la lepra del alma. a) Hay cosas peores que la lepra del cuerpo. b) Actitud cristiana, frente a la lepra del cuerpo y del alma.

1) *La enfermedad bíblica que se ha transformado en una simple infecciosa.*

Prueba emocionante de lo que permite la técnica —instrumento providencial— en el devenir del hombre: hasta la enfermedad simbólica del contagio, de la corrupción, de la destrucción, se convierte en una simple infecciosa más, la menos contagiosa de las transmisibles, que responde en semanas o meses de tratamiento con diversas terapéuticas sumamente eficaces.

El símbolo de la contagiosidad ha perdido su simbolismo...

Ya no podrá decirse más: "*peor es la lepra*" para consolar a alguien que ha sufrido una gran tristeza o perjuicio, porque la lepra ha dejado de estar en el terrible extremo de la peor. Hoy en día se identifican muchos cuadros de mayor malignidad (carcinomas, melanomas, sarcomas) de mayor contagiosidad (sífilis, tuberculosis, etc.) y lamentablemente hay muchos también en que existen menos recursos terapéuticos (leucemias, linfomas, virosis).

a) *El concepto de lepra en el Antiguo Testamento.*

Para definir todas las afecciones contagiosas, transmisibles y además destructivas, necrotizantes, el Antiguo Testamento tiene una palabra: "tsaharat". Ella y su traducción posterior —lepra— involucraron en su voz todos los conceptos ajenos a muchas otras enfermedades, hoy bien diferenciadas: algunas vegetantes como el cáncer de la piel (epiteliomas), otras ulcerosas (gomas sifilíticas, úlceras arterioescleróticas), otras depigmentadas (vitiligo).

En la descripción de algunos de los pacientes bíblicos se engloban todos con el término lepra y se puede hoy nítidamente advertir que muchos de ellos eran sin duda afectos de cáncer, sífilis o vitiligo, entidades no individualizadas en aquellos tiempos.

Lepra era pues un término que incluía lo execrable que debía ser excluido fuera de las murallas de la ciudad junto con la persona, que actuaba de portadora.

No es de extrañar, pues, que esos 5.000 años o quizá 50.000 como quieren algunos, en que se ha venido repitiendo el concepto de lepra como sinónimo de contagio y corrupción, haya prendido en nuestro inconsciente. Y como afirma Ross Innes, secretario de la International Leprosy Association, ¿quién no está influido hoy y aquí en cierta medida por el prejuicio multisecular de la contagiosidad de la lepra?

Por otra parte los escrituristas y la enseñanza actual de la Iglesia Católica consideran que la Biblia debe ser interpretada como el mensaje de Dios al alma humana, por lo tanto en un sentido espiritual y no tan solo en un sentido literal.

b) *Las modernas adquisiciones y el panorama inmediato de la leprología*

En 1894, Asboe Hansen descubre el bacilo que lleva su nombre y que transmite la lepra. Comienza a desvanecerse el "tabú" de enfermedad misteriosa y de contagio mágico, para aquellos espíritus que se enteran del hallazgo.

A partir de 1941, con Faget empieza una nueva era de la leprología; comienza el uso clínico de las sulfonas, que determinan la detención de la enfermedad en semanas o meses, una respuesta favorable en todos los pacientes que las toleran y la curación en un elevado número de casos benignos, aunque los avanzados deben continuar tomándola constantemente. Con las sulfonas se supera el aceite de chaulmoogra, la medicación clásica que se usaba desde la época de los egipcios, y se ingresa en la era sulfónica.

Ya no habrá más mutilados ni ciegos por la enfermedad que antes progresaba sin barreras eficaces. Ahora se puede reparar con cirugía plástica y ortopédica los nervios y tendones afectados por la enfermedad y se

puede darle esperanzas al paciente de que cerrarán sus úlceras (males perforantes) y de que desaparecerán sus nódulos y tubérculos.

A partir de los trabajos modernos de inmunología, estudio de las defensas humorales, especialmente de Mitsuda en el Japón, y de José M. M. Fernández en nuestro país, se puede conocer el grado de defensas a la enfermedad, que tiene una persona determinada. Por ello es que se estudian esas reacciones sistemáticamente en los "contactos familiares" (convivientes) y se puede prevenir la enfermedad en los que rodean a un paciente, y tras ello, aparece una consecuencia sensacional: se ha acabado la segregación obligatoria del paciente de lepra. Nadie que se trate está obligado a segregarse de su medio social. Los sanatorios colonias (antiguos leprosarios) quedan sólo para los que lo necesitan por motivos sociales, por complicaciones clínicas, o porque no realizan en su domicilio un tratamiento adecuado. Y para estos casos el criterio más moderno aún es la internación en un hospital general de infecciosas que no estigmatiza como lo hacía el antiguo leprosario.

Pero eso no es todo: hay aún grandes esperanzas, en cuanto a aclarar el papel de algunos gérmenes en el contagio de la lepra (Wilkinson), en cuanto a la incubación y cultivo del bacilo y en lo referente a lograr que el sistema retículoendotelial retome en la lepra lepromatosa el papel defensivo que le corresponde.

Es este un capítulo apasionante: en la lepra benigna el histiocito o célula retículoendotelial cumple su papel defensivo, y la enfermedad no pasa a mayores, ya que esa célula fagocita y destruye los bacilos que desaparecen totalmente del campo de batalla. Pero en la lepra lepromatosa se cumple una gran traición. Justamente el histiocito o célula encargada de la defensa, se aburguesa, se carga de grasa y así hinchada se ofrece como "habitat" al bacilo enemigo, que justamente progresa en todas las partes del organismo, donde hay células histiocitarias, vale decir en todo tejido. Ese es el drama que vive el organismo y sus defensores, los histiocitos, frente al bacilo de Hansen. Y hay fundadas esperanzas de que se pueda definir la evolución de ese drama en cada organismo lepromatoso por medio de vacunas de bacilo de Koch en alcohol cetílico (Etcheverry) que le harían retomar su función defensora al histiocito traidor.

A todo ello se suman ahora nuevas esperanzas con múltiples drogas que, como se ha constatado recientemente, son tan eficaces como las sulfonas: sulfamidas de acción lenta, por boca y por vía intramuscular, derivados de la difeniltiourea, cicloserina, tiosemicarbasona, etc.

El panorama inmediato de la leprología es, pues, tan alentador que no es utópico aspirar a que esta enfermedad pueda ser erradicada completamente de los países civilizados como ya lo ha sido en algunos países nórdicos de baja endemividad.

2) *El prejuicio y la ignorancia: los dos obstáculos más difíciles para la leprología moderna.*

a) *Necesidad de suprimir la legislación especial para la lepra.*

Descubierto el bacilo, halladas varias terapéuticas activas, estudiada la inmunología de pacientes y "contactos", la lepra ha comenzado ya a ser sólo una enfermedad transmisible más, que no necesita legislación especial, para que no se particularice a los pacientes de esta enfermedad, como si fuera una enfermedad aparte, misteriosa y maldita.

La legislación argentina ha de modificarse, tal como anhelamos los leprólogos, para que, dentro de la legislación general de las enfermedades transmisibles, se incluya la legislación de la lepra. Y se ha de suprimir toda mención que, particularizándola, la separa del resto de la legión de las transmisibles, como es la prohibición del casamiento de los enfermos de lepra. Esta prohibición no sólo no tiene sentido por derecho natural, ya que el derecho al matrimonio es anterior a su reconocimiento por el Estado, sino también porque, desde el punto de vista médico, no hay inconveniente alguno en permitir el matrimonio de los enfermos. Efectivamente la lepra no es hereditaria y tomadas las precauciones del caso, con los hijos de los pacientes bacilíferos, no hay inconveniente en que se case un paciente, siempre que su cónyuge conozca el diagnóstico.

Todo lo que determine reducir el casillero de enfermedad especial, mágica y tabú significará solucionar el gran problema que subsiste en la leprología. El gran fardo de la enfermedad ya está solucionado en su aspecto médico, pero subsiste el prejuicio y la superstición de enfermedad terrible. Queda, pues, por realizar una etapa psicológica y sociológica importante.

b) *Complicidad del ambiente intelectual con la ignorancia y el prejuicio*

En la batalla que se debe librar ahora en la guerra contra la lepra, la logística exige curar a los sanos. Sí —como dice Raoul Follereau, inspirador de un importante movimiento de ayuda a los enfermos de lepra— la batalla necesaria ahora es curar a los sanos, del miedo a la lepra. En este frente quienes más debemos cuidarnos de evitar el explotar el miedo a la lepra, somos quienes trabajamos en leprología o instituciones de cooperación con los enfermos.

Para reducir el miedo a la lepra se hace necesario que los intelectuales, periodistas y profesionales conozcan las nuevas adquisiciones de la leprología. El mero gesto de horror de un médico, ignorante de ellas, al referirse a un paciente de lepra, es semillero de prejuicios y superstición. De allí que la educación sanitaria del personal médico, de asistentes sociales, de enfermería, etc. es una etapa fundamental de toda campaña moderna.

Una de las experiencias más importantes del mundo, en cuanto a intensificación de la educación sanitaria en un área, y con resultados positivos, se ha llevado a cabo en la provincia del Chaco, como resultado de la labor comunitaria promovida por el Dr. Manuel M. Giménez y la filial Resistencia del Patronato de Leprosos, con la colaboración activa de casi todos los médicos y maestras y una parte importante de la población de la provincia. Los cursos de perfeccionamiento en leprología para médicos, maestras y asistentes sociales, que allí se dictan y los que ha organizado el Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación, así como nuestro Departamento de Dermatología de la Universidad del Salvador, son, pues, etapas indispensables en la labor leproológica moderna. Y estrechamente unidos a los sanitaristas han de venir los estudios sociológicos que, como el de Manzi, Lefevre y Cols. profundicen el ajuste o interrelación de los enfermos, con respecto al medio sano y de éste con respecto a los enfermos. En ese trabajo original se demostró cómo en el paciente de lepra internado se produce un desmoronamiento de la personalidad paralela al prejuicio del grupo sano que, a menudo, es el causante. Así en el caso del paciente que fuga para realizar acciones delictuosas, cuando es apresado y se declara enfermo de lepra, el grupo sano se limita a restituirlo al Sanatorio Colonia, cesando todo otro castigo, ya que el prejuicio le impide aplicar la norma general de la ley y tratarlo como persona antes que como infecto-contagioso eterno.

3) *La lepra del cuerpo y la lepra del alma*

a) Hay cosas peores que la lepra del cuerpo. Tiene razón Follereau cuando afirma que hay peores lepras que la del cuerpo: la lepra del alma. Y que una forma de tener lepra en el alma es considerarse superior por pertenecer al grupo sano y considerar infrahumano al enfermo.

Es bien cierto cuanto dice el Señor en el Evangelio de que el primer mandamiento es el del amor, y por tanto los peores pecados son los que atentan contra la ley del amor.

¿Y no hay acaso un poco de actitud despectiva como hacia el que tiene lepra, en el que no ama a su hermano sino que sólo le busca los defectos o la infección en sus virtudes, para sentirse superior?

El calificativo de leproso que, a menudo, usa el grupo sano como uno de los epítetos más despectivos para agraviar a alguien, y el ejemplo más típico es cuando se usa para insultar al árbitro en la cancha de fútbol, debe ser reemplazado por el de "enfermo de lepra", como bien afirmaba el maestro Basombrío y recomendó por sugestión suya el Congreso Internacional de Leprología de La Habana. He de traer a colación aquí que en el "*Congreso Internacional para defensa y rehabilitación del Leproso*" organizado por la Orden de Malta, y celebrado en Roma en 1956, Guillermo Basombrío logró en mi modesta compañía, hacerle llegar a Su Santidad

Pío XII estos elementos de juicio antes de su discurso inaugural haciéndole notar que constituían la aspiración de muchos enfermos de lepra y leprologos. El lúcido Papa no sólo modificó el título que habían propuesto los organizadores del Congreso, diciendo "enfermo de lepra" en lugar de "leproso", sino que se refirió expresamente a la necesidad de suprimir la palabra leprosería, leproso, etc., aportando toda su autoridad para pedir con énfasis una actitud fraternal y no paternalista para con el paciente.

b) *Actitud cristiana frente a la lepra del cuerpo y la del alma*

Como Jesús viene al mundo a redimir y bautizar la naturaleza desarticulada por el pecado, la lepra juega en el Evangelio el papel de un símbolo sumamente didáctico para evidenciar lo que significa la redención, el renacer, para el alma, y también para el cuerpo afectado por una enfermedad que simboliza en el Antiguo Testamento cuanto hemos dicho al comienzo.

Lázaro, el amigo predilecto de Jesús, es enfermo de lepra y después de muerto es resucitado por el Señor. Los 10 enfermos curados de los que uno solo vuelve a agradecer su curación, pasan por decirlo así de una casi muerte a la vida. Y así todas las veces que se menciona a la lepra en el Evangelio, que es el mensaje del que vino a redimir, a curar, a hacer renacer, hay un objetivo que es señalar que Jesús dueño de las leyes de la vida, puede aliviar los males del alma, como los del cuerpo.

Como hace notar Romano Guardini, en una de sus inteligentes reflexiones, para Jesús el sufrimiento es algo mucho más profundo que lo que puede parecer, afecta las raíces mismas de la existencia, se identifica con el pecado y el alejamiento de Dios. Es un medio de purificación y un camino de retorno, como lo expresa en sus palabras sobre la necesidad de seguirlo, llevando su cruz. Por ello su actividad de curador no es sólo evitar el sufrimiento como hacemos los hombres y los médicos; sino que toma al dolorido en su corazón y hace suyos los dolores, los pecados y las necesidades de los hombres. Esa labor de curar en Jesús viene de su divinidad, de la cual es una revelación y conduce a Dios. Sus curaciones tienen siempre una relación estrecha con la fe, como todo el Evangelio tiene por objeto fortificar la fe. Porque ellas también manifiestan la realidad del Dios del amor... Y el fin mismo de las curaciones de Cristo es que los hombres tomen conciencia de esta realidad, que se abran a ella, que se llenen de ella.

Así ubicada la lepra, como toda enfermedad, es un motivo de reencontro por la fe, con el Dios de amor, de quien nos alejó el pecado.

Pero los cristianos no imitarían bien el ejemplo de su Maestro, si no intentaran aliviar esos males.

En el trabajo "*La Participación Cristiana en la lucha antileprosa*" hemos especificado la gran cantidad de instituciones católicas del mundo dedicadas a los enfermos de lepra.

Bástenos sintetizar que hay 97 sanatorios católicos que albergan 26.000 enfermos, 122 sanatorios oficiales que hospedan 73.000 pacientes y hay asimismo 133 órdenes religiosas que se dedican al cuidado de estos enfermos.

Pero existe una triste realidad y es que sólo una octava parte de los pacientes del mundo están en tratamiento. Hay aún una abrumadora proporción que no conocen las sulfonas, ni los otros medicamentos modernos.

Entre las instituciones más importantes sólo mencionaremos algunas:

La Orden de Malta, con sede en Roma; L'Ordre de la Charité, con sede en París; The Catholic Medical Misión Board y la Damian Dutton Society con sede en Estados Unidos; el Patronato de Leprosos de la República Argentina y la Asociación de Caballeros de San Lázaro (obra del Padre Arnan) que actúan en nuestro país.

Una obra de gran aliento realizada por el Patronato de Leprosos de la República Argentina, en nuestro medio, es la Colonia Infantil Mi Esperanza que aloja a los hijos de enfermos de lepra. Los últimos Congresos Internacionales de Leprología han recomendado que estos institutos se conviertan gradualmente en instituciones integradas con las luchas contra otras enfermedades infectocontagiosas para evitar la particularización y estigmatización de sus internados por lo que debemos felicitarnos que esa meritísima institución participe ya de comisiones de integración de luchas propiciadas por las autoridades sanitarias nacionales.

La integración de la lucha leproológica con la lucha antituberculosa, con la revisión médica periódica preescolar o premilitar, es una de las aspiraciones de los leprologos para que se reduzca la particularización de la lepra como enfermedad aparte.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

La lepra; una terrible enfermedad hasta 1941, dejó de serlo con el advenimiento de las sulfonas. A partir de esa fecha entramos en la era sulfónica, conocemos ya el bacilo de Hansen que la causa, podemos estudiar las defensas del organismo y se abren grandes perspectivas terapéuticas, que hacen prever su erradicación en las décadas futuras, al menos en los países civilizados.

Pero el prejuicio de enfermedad maldita y tabú no se ha borrado aún de nuestros subconscientes: los 6.000 años en que se repitió el concepto del Antiguo Testamento de que "tsarahat" o lepra era lo contagioso, lo destructivo es muy difícil quitarlo de los espíritus.

Y aun cuando ahora puede curarse la lepra, los leprologos no logramos curar en los sanos el prejuicio contra la lepra y no logramos desarraigar la ignorancia que constituyen los dos obstáculos más difíciles de la leprología moderna. En la batalla contra la lepra hay, pues, ahora que librar el operativo de curar a los sanos del prejuicio y la ignorancia.

Y dentro del grupo sano es el ambiente médico, el de las asistentes sociales, el de los profesionales, el que más necesita desterrar el prejuicio y asimilar los nuevos conceptos. Los cursos de perfeccionamiento para esos grupos calificados constituyen una etapa irreemplazable, así como la promoción de la educación sanitaria en la comunidad, como se ha realizado en la provincia del Chaco y así también como el estudio sociológico de las relaciones entre enfermos y sanos.

Se puede afirmar que hay una lepra peor que la del cuerpo; es la lepra del alma, que tienen quienes se consideran superiores por ser sanos y consideran infrahumano al enfermo, olvidando la ley cristiana del amor. Desterrar la palabra leproso es una consecuencia útil de la nueva óptica leproológica y cristiana.

La lepra, como toda enfermedad, es un motivo de reencuentro por la fe, para los cristianos, con el Dios de amor, de quien nos alejó el pecado.

Además de resumir la lista de las instituciones católicas que colaboran en el mundo para reducir la endemia, se señala que aún sólo una octava parte de los enfermos del mundo toman sulfonas o medicamentos modernos. Y se destaca la necesidad de integrar la lucha leproológica con otras labores de medicina preventiva, para reducir la estigmatización, el prejuicio y el que sea considerada una enfermedad especial, cuando ya es sólo una enfermedad más y la menos contagiosa de las transmisibles.

BIBLIOGRAFIA

Baliña, Pedro L. *Sobre nuestra endemia leprosa*. Rev. Arg. de Dermat., 1932, XV, 127-163.

Basombrío, Guillermo y Baliña, Luis María. *La participación cristiana en la lucha antileprosa*. *Iatrica*, n° 130, 1956.

Manzi, R. O. Lefevre, H. C., Ramó, H., Fontanarossa, H. *Lepra, epidemiología social de la población del Sanatorio Colonia "Baldomero Sommer"*, Rev. Asoc. Méd. Arg. 1963, 77-554.

S. S. Pío XII y las Ciencias Médicas. Editorial Guadalupe. (Ray C. A. y colabs.).

Guardini, Romano. *El Señor*. Cap. "Los enfermos". Alsatia. París, 1948.